

LEOPOLDO ZEA: FILÓSOFO HUMANISTA LATINOAMERICANO (HOMENAJE PÓSTUMO)

Glafira Espino Garcilazo
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

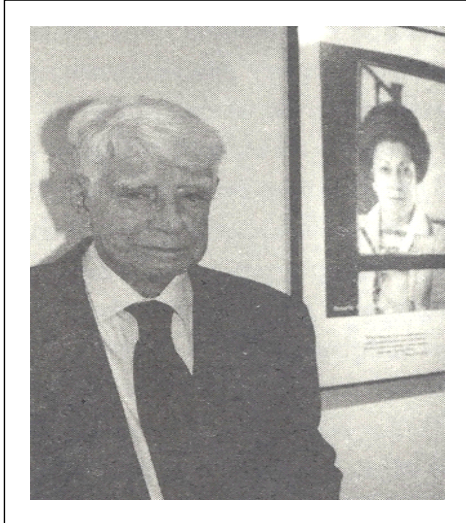
“La filosofía, obra humana, no podía escapar a este compromiso de lo humano. Todo lo contrario, si hay alguna forma de lo humano que mejor lo expresa es ésta. El filósofo es el hombre más consciente de esta su situación comprometida”.¹

Leopoldo Zea

Introducción

Me adentré al conocimiento de la obra filosófica de Leopoldo Zea al ingresar a la Maestría en Filosofía de la Cultura, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Michoacana. Antes de terminar mis estudios, tuve la oportunidad y dicha de poder platicar y entrevistar al maestro mexicano, aprovechando su visita a Morelia, en donde presentó una interesante conferencia sobre filosofía latinoamericana. Le hablé de mi interés por realizar la tesis de maestría sobre su obra filosófica y, al mismo tiempo, le prometí que al culminar tan importante proyecto personal le haría llegar un ejemplar de mi trabajo. Lamentablemente, la muerte de Zea llegó precisamente cuando estaba terminando de imprimir las conclusiones, y pensando con cierta preocupación —pues ya sabía de su enfermedad— que la tesis debería estar muy pronto en manos del maestro para que estuviera enterado de que ésta, por fin, se había terminado y, de ser posible me brindara su opinión sobre la misma. Pero eso no sucedería ya. Al siguiente día, después de conocer la noticia a través de la prensa, y de pasar inevitablemente por un cierto dejo de tristeza, reflexioné y pensé que una persona tan grandiosa como él, aunque físicamente ya no esté con nosotros, en realidad no se va. El filósofo mexicano es uno de esos pocos seres ejemplares que pasan por la vida dejando huella en el campo de la filosofía, al

trascender la muerte con su obra creadora, que hereda a las nuevas generaciones, preocupadas por el devenir no sólo mexicano o latinoamericano sino de la humanidad en general. Afortunadamente su pensamiento, que nos invita al diálogo, a la reflexión y al debate abierto en el campo de las ideas, sigue siendo objeto de estudio, análisis y reflexión por filósofos latinoamericanos y de otras partes del mundo, algunos de los cuales vienen asumiendo libremente la tarea de llevar adelante dicha reflexión sobre temas prioritarios que preocuparon y ocuparon a Zea, tales como: la igualdad, la diferencia, la libertad y la justicia social global, en el afán de que el ser humano como tal retorne su humanidad y reencauce su camino hacia un mundo mejor para todos. Es por esto que en homenaje le dedico este breve escrito.



tual y filósofo

Leopoldo Zea Aguilar nació un 30 de junio de 1912, en la Ciudad de México. Murió el 8 de junio de 2004, días antes de cumplir los 92 años. Su obra filosófica, desarrollada por más de sesenta años, es un largo trabajo laborioso,

extenso y rico en análisis, reflexiones, propuestas y aportaciones que, hoy por hoy, son un legado importante a la filosofía mexicana, latinoamericana y del tercer mundo, cuyo contenido se encuentra en más de sesenta libros y un sinnúmero de ensayos y artículos publicados en revistas y periódicos. Desde el inicio de sus estudios profesionales, Zea demuestra sensibilidad y preocupación por lo humano y, consecuentemente, por los problemas sociales que le son contemporáneos; característica que ha propiciado que algunos analistas de su obra lo consideren en lo fundamental como un pensador humanista.

Ello se puede apreciar con nitidez a través de su extensa y creativa obra, de la cual destacan las siguientes publicaciones: *América y su posible filosofía* (1941), en donde —a decir de uno de sus biógrafos, Tzvi Medin— se encuentra el meollo de su filosofía. Las reflexiones ahí planteadas se amplían y toman nítida forma en su ensayo programático fundamental *En torno a una filosofía americana* (1942), y en algunas conferencias posteriores, mismas que al extenderse considerablemente se transforman en obras clave de su pensamiento: *El Positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia* (1943-1944), *Conciencia y posibilidad del mexicano* (1952), *América como conciencia* (1953) y *América en la historia* (1957). En esta última, Zea logra ubicar a Latinoamérica dentro de la historia universal en relación con un orden y un centro de poder mundial en referencia al mundo occidental, misma que más tarde amplía en su magno libro: “Discurso desde la marginación y la barbarie” (1988). Otras publicaciones en donde el filósofo latinoamericano va enriqueciendo su pensamiento son: “América Latina y el mundo” (1960), *La filosofía americana como filosofía sin más* (1969), “Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana” (1974), “Dialéctica de la conciencia americana” (1976), “Filosofía de la historia de América” (1976), *Filosofía y cultura latinoamericana* (1976), “Latinoamérica y el tercer mundo” (1977), “Latinoamérica un nuevo humanismo” (1982), “Filosofía de lo americano” (1984), *La filosofía como compromiso de liberación* (1991), “Filosofar a la altura del hombre” (1993).

Herederos del pensamiento europeo e iberoamericano

A través de sus obras escritas, Leopoldo Zea se va asumiendo como heredero directo del pensamiento europeo, en especial, del Iberoamericano que reflexiona

sobre lo circunstancial surgido en España, y del generado en México y el resto de América Latina y El Caribe, en donde también se va gestando la preocupación por lo propio.² En ese proceso formativo y creador en que se van conformando las líneas básicas de su filosofía, se alimenta principalmente de las corrientes filosóficas de Europa surgidas a fines del siglo XIX y principios del XX: el Raciocionalismo, el Existencialismo, el Marxismo y el Historicismo. Empero, el apoyo y sustento fundamental de su pensamiento es la filosofía historicista de José Ortega y Gasset, filósofo español, maestro de maestros y de pensadores latinoamericanistas. Desde la perspectiva del *historicismo orteguiano*, en los primeros años en que se inicia en la filosofía orientado y guiado por su maestro, el filósofo español José Gaos —transterrado en México desde 1938—, Zea va adoptando paulatinamente algunos elementos teóricos de la filosofía clásica, medieval, de Giambattista Vico, Benedetto Croce, Karl Mannheim y Max Scheler; Wilhelm Dilthey, Federico Hegel, Carlos Marx, Edmund Husserl y Martin Heidegger, entre otros, que le ofrecen instrumentos para sus preocupaciones; incluso las apreciaciones críticas hacia éstos filósofos las hace desde esa perspectiva.

Asimismo, Zea es receptor de las ideas del pensamiento latinoamericano del siglo XIX, tanto del liberal-nacionalista precursor de las independencias nacionales de México y América Latina, como del post-independentista, e incluso del posterior pensamiento mexicano-latinoamericano, principalmente el generado en la primera mitad del siglo XX, dentro del cual destacan los miembros del “Ateneo de la Juventud de México”, principalmente los filósofos Antonio Caso y José Vasconcelos; el filósofo mexicano, Samuel Ramos; pensadores de Argentina, Perú, Uruguay y Cuba, y de otros países latinoamericanos, pertenecientes a las denominadas tres primeras generaciones de pensadores preocupados por lo propio circunstancial del siglo XX, según la división establecida por los filósofos Francisco Romero, Abelardo Villegas y Francisco Miró Quesada.

Asumiéndose como recuperador de toda esa producción intelectual filosófica, el pensador mexicano empieza su trabajo filosófico desde el campo de la Historia de las Ideas en México, a la que dedica sus primeros y fructíferos esfuerzos en sus estudios sobre el Positivismo en México y en Hispanoamérica, para después extender su filosofar a un contexto más amplio con base en una

Filosofía de la Historia. Labor intelectual que va enriqueciendo mediante la adquisición de nuevas influencias —como la filosofía hegeliana y la filosofía marxista—, nuevos conocimientos, experiencias y diálogo con sus contemporáneos latinoamericanos y de otras partes —como es el caso de Arnold Toynbee—, con quienes siempre está compartiendo ideas e ideales comunes, hasta culminar con elaboraciones de carácter universal sobre la sociedad global neoliberal, haciendo énfasis en sus problemas, retos y perspectivas para la humanidad frente al nuevo milenio.

Así, a partir de la asimilación de esas líneas teóricas generales mencionadas —a las que se van añadiendo concepciones, ideas, vivencias, experiencias y propósitos del pensador latinoamericano—, va emergiendo un pensamiento y discurso filosófico de gran trascendencia en nuestra historia en el contexto espacial-temporal-circunstancial latinoamericano, a partir de los años cuarenta del siglo veinte, en que Zea inicia su filosofar y hasta su muerte reciente. A lo largo de ese periodo, nuestro pensador va examinando varios temas relacionados de manera estrecha, entre los que destacan: la crisis de la cultura occidental, las relaciones entre el pensamiento europeo e iberoamericano; el fenómeno de la dependencia latinoamericana y del tercer mundo y la alternativa liberadora; la posibilidad, existencia, originalidad y autenticidad de una genuina filosofía latinoamericana y la universalidad de ese pensamiento. Toda esta rica y amplia producción intelectual se hace posible gracias a que, desde un principio —como observa acertadamente el filósofo latinoamericano Tzvi Medin— Zea se asume como filósofo preocupado por la sociedad humana de su tiempo, fuera de todo tipo de complejo de inferioridad cultural, entendiendo su existencia como libertad, responsabilidad y compromiso, expresada como una negación a vivir como un mero reflejo europeo. De ahí que, por ejemplo, en alguna ocasión asegure que el americano es el sujeto y no el objeto, y que, en tanto sujeto histórico, él habrá de ser quien instrumente las creaciones y los frutos de la cultura europea de la que es heredero, acorde a sus propios intereses existenciales

Por lo mismo, acierta Medin, la filosofía de Zea, no por ser canalizadora de esos pensamientos recién enunciados, debe ser considerada como mera reproductora de éstos; más bien, habrá que considerados a manera de medios teóricos y metodológicos en función de objetivos específicos, concebidos de

manera muy temprana por Zea. Además, no ahonda en esos sistemas filosóficos, sólo toma de ellos “los instrumentos relevantes para su tarea”. En este sentido, habrá que captar a Zea desde el principio de su obra como un ideólogo que actúa de cierta manera premeditadamente en función de intereses específicos, acudiendo a otras concepciones filosóficas para nutrirse de ellas, y para —con base en ellas— intentar explicados objetiva y racionalmente y, por ende, justificados, como un filósofo preocupado por el fenómeno de la dependencia latinoamericana y del Tercer Mundo, hecho que lo lleva a plantear como alternativa la liberación. De ahí que la constante en su pensamiento sea precisamente el tema de la libertad y la convivencia humana, para cuya realización —en su opinión— se hace indispensable el diálogo y el entendimiento en un plan de igualdad, sin resentimientos, abierto, desprejuiciado y sincero. Concepción que bien puede calificarse como idealista o Utópica, pero que tiene sustento en los ideales universales más nobles defendidos por el ser humano a través de la historia. Característica que se observa con nitidez a lo largo de su obra escrita que, reconocedora de la diferencia, también va reivindicando lo propio en función de su humanismo concreto.

Una visión filosófica centrada en el ser humano

En lo que toca a su concepción filosófica, habrá que hacer las apreciaciones. Guiado por una concepción historicista orteguiana en lo fundamental, Zea asume el reconocimiento universal que tiene la filosofía europea; sin embargo, su reflexión no es abstracta, ni mera reproductora de algunas corrientes de pensadores europeos. Su pensamiento mostrado a través de su discurso es una reflexión sobre el aquí y el ahora, una filosofía ligada al tiempo y al espacio, a la circunstancia concreta, preocupada por el devenir de la humanidad en la historia, por los problemas que le han venido aquejando, una filosofía reflejo de una eterna búsqueda de posibles soluciones reales a hechos concretos. Propuestas que obviamente —como el propio pensador mexicano siempre va planteando— no serán de ninguna manera eternas ni universales; más bien, dada su historicidad serán parciales y efímeras; tampoco serán necesariamente

de carácter filosófico, ya que pueden resultar ser de otra índole, adoptar otro carácter: económico, político, social, cultural, etc.

En fin, en contraposición con el pensamiento europeo que sostiene la idea de una filosofía de temas universales que tiendan hacia verdades absolutas y eternas, Zea se inclina por una filosofía de temas, verdades y soluciones concretas, históricas y circunstanciales. La filosofía —a decir de Zea—, como toda obra humana, debe de participar del carácter esencial de lo humano, en donde la esencia de lo humano, aquello por lo cual un hombre es un hombre, es la historia. El hombre es un ente histórico; es decir, un ente cuya esencia es el cambio. El hombre de hoy no es el mismo de ayer ni será el de mañana. El hombre se encuentra situado siempre en una determinada circunstancia. Esta circunstancia se le presenta siempre como problema: cómo vivir su circunstancia. Para vivir, para existir, tiene que modificar su circunstancia y su vida. Tiene que adaptar dicha circunstancia a su vida, y adaptar su vida a su circunstancia. La circunstancia se presenta como obstáculo, pero ella misma ofrece los medios para salvar tal obstáculo. Es, a la vez, problema y solución.

La filosofía de Zea es humanista, dialógica e incluyente, en tanto que reconoce los derechos humanos universales defendidos en la historia. Con esta visión y actitud fundamental, reivindica el “reconocimiento del otro” y apela al “diálogo y el entendimiento con el otro”, es decir, defiende la capacidad y legitimidad de todo ser humano, de todo pueblo, para ser libre y poder expresar su humanidad, sin complejos, en un plano de igualdad y al mismo tiempo de diferencia. Idea que a primera vista parece contradictoria, pero que si la concebimos en términos dialécticos podría resolverse: Zea piensa que todos los hombres son iguales y a la vez distintos; iguales en su generalidad o humanidad y distintos en su particularidad, individualidad o subjetividad. Su pensamiento bien puede caracterizarse como una filosofía del ser humano, para el ser humano, no sólo como ente individual sino, y sobre todo, como ser social, reconocedor de otros sistemas de pensamiento, pero que también pide al mismo tiempo ser reconocido como tal por éstos.

El haber descubierto —a través de la realización de una Historia de la Filosofía—, que existen varias filosofías o modos de filosofar con sus relativas y circunstanciales verdades, da pie y justificación a nuestro personaje en estudio, para plantear también como válido, auténtico y original su modo de filo-

sofar y su filosofía propia. De ahí que hable de una Filosofía Americana o Filosofía de lo Americano, cuyos temas a tratar serán —según él—precisamente los de esa realidad llamada América. Parafraseando a Zea, los problemas no pueden ser otros que aquellos con los que continuamente está tropezando el hombre llamado americano. De esos temas, para este filósofo latinoamericano, hay uno que destaca por su importancia: el de la convivencia, el de su relación con el otro; es decir, el tema de la sociedad y las interrelaciones sociales que en ella se establecen. Uno de los problemas que más preocupan al ser humano de cualquier especie racial o cultural es el problema del otro, de cómo situarse ante y frente a su semejante, de cómo no ser estorbado por el otro, de no chocar con él o enfrentarse a él; en fin, el problema de la alteridad y de la diferencia; problema que en opinión de Zea encuentra su solución en dos disciplinas filosóficas: la Ética y la Política. Por ello, percibe que cuando la teoría no sirve a la práctica, sino que es la práctica la que se ve forzada a teorizar sobre sí misma, sus resultados son los de la política de la violencia que amenaza destruir toda cultura. Así, concluye que una de las cuestiones a resolver por una posible filosofía americana o de lo americano, deberá ser el problema de cómo ordenar la convivencia del hombre americano. Y así, lo que es un problema particular, americano, al resolverse será una solución parcialmente generalizada para toda la humanidad, y esta generalización estará en lo que de humano tiene el hombre de este continente. Esta preocupación por lo humano, más que por lo mexicano, latinoamericano o americano, ha propiciado con justa razón, que a la filosofía de Zea se le conozca como una filosofía humanista, dialógica y universalista, una filosofía antropológica, del hombre y para el hombre, mediante la cual éste se pregunta por su realidad concreta, por el aquí y el ahora, en un intento de comprendida, interpretada y buscar soluciones concretas a sus problemas particulares. Es una Filosofía que centra su reflexión en el ser humano, en su humanidad y sus problemas vivenciales o circunstanciales, con la finalidad de buscarles una solución para que este camino hacia una vida mejor sea más pleno de manera integral, material y espiritualmente hablando.³

De ahí, su pensamiento mexicano-latinoamericano, que filosofa sobre una realidad común: la dependencia manifestada de distintas maneras, pero que no se queda ahí sino que sigue evolucionando hasta abarcar, por medio de un

humanismo de carne y hueso, al hombre en general. Zea parte del historicismo para preguntar sobre la existencia de una cultura, un pensamiento, una filosofía iberoamericana. Para dar una respuesta acude a los pensadores iberoamericanos, a través de presupuestos historicistas, y comienza a recuperar reflexiones originales donde antes parecía que sólo imitaban, teniendo siempre presente que: “la experiencia de lo humano no puede quedar agotada en las experiencias del hombre europeo. Existen otras experiencias y otros puntos de partida para llegar al hombre. Existen otras formas de captación de lo humano”.⁴ Este planteamiento radical le permite postular a la filosofía como verdad histórica o circunstancial, y problematizar y contextualizar la pretensión de la filosofía europea de expresar su discurso como Magistral, como el modelo del discurso filosófico por excelencia. Para Zea, el ser humano es ante todo un ente histórico; su esencia está en el cambio; y la filosofía, como producto humano de reflexión y diálogo, participa igualmente en esta característica esencial de lo humano.

Del filosofar sobre la dependencia a una propuesta liberadora

La preocupación fundamental de Zea es reflexionar sobre ese ser latinoamericano que, desde la Conquista, ha padecido una fuerte dependencia en múltiples aspectos: política, económica, social y mental-cultural, primero por España y después por los Estados Unidos; dependencia que en un contexto de Neoliberalismo y Globalización, lejos de desaparecer va agudizándose. De ella —piensa Zea— habrá que recobrar conciencia, y luchar por liberarnos, a fin de ser “nosotros mismos” y no “otros”. Consecuente con esa convicción, desde el principio de su reflexión filosófica y a lo largo de la producción de su obra escrita, va desvelando ese ser latinoamericano dependiente que observa. Hecho que lo lleva a plantear la adopción de la filosofía con responsabilidad y compromiso, y como una liberación, para poder acceder a la emancipación total, en todos los ámbitos, empezando, por supuesto, por la liberación mental-cultural de la que habrán de derivar los demás tipos de liberación. Por ende, desde el inicio de su filosofar y con base en el historicismo orteguiano, para el pensador mexicano la filosofía significa una vinculación con su realidad

cotidiana para desentrañar los problemas que ésta plantea: “sólo la filosofía puede ser un instrumento de liberación, en cuya base debe estar la comunicación humana”.⁵

Sin embargo, habrá que acotar aquí que aunque el pensador mexicano alude a la liberación de los dominados, no está de acuerdo en continuar etemizando la ley histórica del “amo y el esclavo”, que parece condenar por siempre al ser humano a vivir esa ambivalencia; ley de la que habla el gran filósofo alemán del siglo XIX, Federico Hegel. Su propuesta no es extremista, polarizante o radical, como pudiera pensarse superficialmente. La suya, como se ha venido asentando a lo largo de este escrito, es una concepción hasta cierto punto utópica, humanista, dialógica incluyente, reconocedora del otro, al destacar que la persona debe hacer uso de su derecho a la libertad, pero sin que ésta vaya en perjuicio de los demás, ya que para que sea auténtica tiene que darse en relación a los otros. Parafraseando a Zea, no se trata, como muchos pregonan, de destruir a nuestros opresores y a su cultura, ni tampoco de enredarnos en una nueva discusión sobre nuestra humanidad e inhumanidad o subhumanidad de quienes se ven así mismos como verdugos, como nuestros subordinadores o como los supuestos “civilizadores”. No se trata de emitir proclamas de odio o resentimiento contra una cultura que, en su opinión, no ha sabido descubrir al ser humano y que, por el contrario, lo ha rebajado. Ir por estos caminos sería —según Zea— mantener una subordinación que debe terminar de una vez por todas. Es precisamente este planteamiento el que permite que también a su pensamiento —como lo resaltan Tzvi Medin y otros filósofos latinoamericanistas— se le catalogue como universalismo filosófico o pensamiento futurista utópico.

Así es como va desvelándose el hecho de que, para Zea, la filosofía es un medio y no un fin para servir al hombre, en su afán de entender este mundo; y, a la vez, un medio para buscar soluciones a los variados y numerosos problemas que se le presentan en su vida cotidiana. Aquí no se trata de filosofar por filosofar, ya que eso no tiene sentido alguno para él. Zea busca conocer, comprender, interpretar y proponer desde el campo de la filosofía soluciones a su realidad concreta, a la que le toca vivir. No obstante, reconoce que algunos filósofos piensan que la filosofía sólo debe reflexionar y cuestionar todo lo existente, sin hacer propuestas alternativas a problemas propios del hombre,

porque entonces —piensan—, dejaría de serio. Por ende, llama “filosofía comprometida” a la que se hace en América Latina, y a sus filósofos comprometidos” a sus pensadores, porque no sólo piensan sino que actúan de acuerdo a lo que están pensando. Este es precisamente el caso de Zea, para quien es esencial el desarrollo de una filosofía comprometida y militante. Contrario a la opinión de otros filósofos latinoamericanos, piensa que una auténtica filosofía iberoamericana, americana o más específicamente latinoamericana, no ha de surgir solamente luego de una reestructuración revolucionaria, social, económica y política, sino que en realidad deberá ser la base previa de dicha revolución.⁶

Esa fuerte convicción filosófica se va fundamentando a lo largo del tiempo hasta tomar la forma de un pensamiento maduro a fines de los años sesenta. Para entonces este pensamiento y discurso de Zea, abocado en un principio al contexto mexicano-latinoamericano, va ampliando sus horizontes y se va planteando como una filosofía de mayores alcances, válida también en aquellos lugares del mundo en donde existen condiciones y situaciones de dependencia afines a América Latina y El Caribe. Así es como se explica por qué su discurso filosófico, nacido en un inicio bajo el cobijo de la denominada filosofía mexicana-latinoamericana, va rebasando esas fronteras mirando más allá y extendiendo su filosofar hacia otras naciones que guardan características semejantes a las nuestras, como sucede con los pueblos de Asia y de África, también conocidos como del Tercer Mundo, subdesarrollados, o más recientemente, como Mundo Emergente, que antaño sufrieron el Colonialismo y hoy son víctimas del Neocolonialismo.

Este redescubrimiento lleva a Zea a crear otro concepto más dentro de su discurso, un término fundamental de cuño propio conocido como “sin más”, que utilizado de manera constante en su discurso filosófico y conjugado con otros igualmente básicos para la comprensión de su pensamiento se integra como: liberación cultural “sin más” o filosofía de la liberación cultural “sin más”, el cual le permite hablar ya no sólo de una filosofía latinoamericana sino de una Filosofía de la liberación “sin más”; es decir, de todos los pueblos del mundo que sufren la dependencia. En esto precisamente reside la conceptualización de “sin más”, que otorga a la propuesta de Zea un cierto universalismo. Busca, así, vincular lo concreto con lo universal, hecho que constituye

una de las grandes preocupaciones de su pensamiento, cuya constante es la idea de que “si el punto de partida es lo concreto e individual, la meta será lo universal, aquello que nos identifica como hombres “sin más”, o sea, simplemente como humanos”,⁷ pues “todo intento de hacer filosofía americana, con sólo la pretensión de que sea americana tendrá que fracasar. Hay que intentar hacer pura y simplemente filosofía, que lo americano se dará por añadidura”.⁸ Hecho que también significa para él que la cultura y sus manifestaciones son fundamentales en el devenir de la humanidad, al presentarse de manera concreta, a través de las ideas y prácticas conductuales específicas.

El filósofo mexicano tiene la idea de un hombre creador de toda cultura como expresión máxima del hombre y del humanismo. De ahí su humanismo universal, o como también se le conoce a su filosofía “sin más”. Esta es su actitud ideológica filosófica humanista fundamental. En una de sus obras, publicada en 1974, hace referencia de nueva cuenta a la preocupación constante que se encuentra en la totalidad de sus trabajos: comprender a la filosofía latinoamericana como una filosofía “sin más” derivada de la indagación de una historia de las ideas, de nuestra historia como mexicanos, como latinoamericanos, como americanos y como hombres “sin más”. Ello le permite afirmar el nivel concreto (mexicano, latinoamericano y americano) pero tendiendo siempre hacia lo universal “sin más”, desde una particularidad que parte de una realidad latinoamericana propia.

Por su fondo humanístico, esa filosofía emerge como un proyecto crítico de denuncia de las condiciones de dependencia y de dominación que han negado la humanidad del hombre americano y de otras partes del orbe. De ahí que ésta sea hecha y pensada desde una realidad dependiente donde se encuentran los pueblos que, como el nuestro, han sufrido la dominación crónica de los países occidentales; de estos pueblos que ven negadas sus pretensiones de libertad e igualdad.

Una filosofía que tiene como eje central la toma de conciencia encaminada hacia una lucha y una búsqueda de la liberación, contribuyendo de esta manera a forjar una historia más humana.⁹ Se trata entonces de una filosofía liberadora del hombre, de una filosofía de la liberación que —a decir del propio Zea— debe tomar en México, Latinoamérica y el Tercer Mundo, su legítima función de lucha por la libertad. Como asegura Tzvi Medin, debe ser una filosofía

comprometida que se auto conceptúa como condición necesaria para la praxis social y política, como una filosofía de la liberación.¹⁰ Por tanto, es una filosofía que, aunque nace como una filosofía mexicana-latinoamericana, pretende rebasar sus fronteras y extenderse hacia otros pueblos que tienen características semejantes a las de los nuestros. Si el punto de partida es lo concreto e individual, la meta será lo universal, aquello que nos identifica como hombres “sin más”, diría Zea.

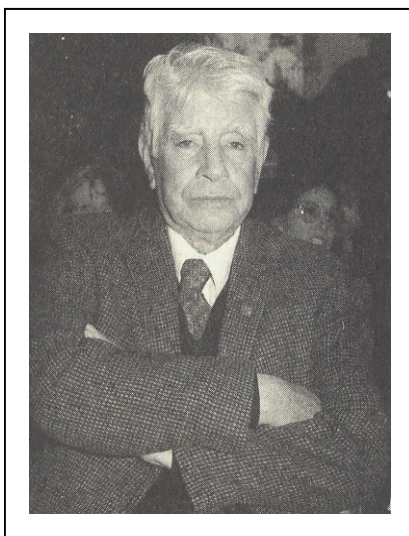
En su reflexión, el intelectual latinoamericano parte de la idea de que hay que pensar autoconcientemente “desde la América Latina”, con autoconciencia del lugar que ocupamos en la historia mundial. Hay que pensar filosóficamente sobre nuestra realidad, desde nuestra positividad, pero igualmente como dominados, empobrecidos, etc. Hay que pensar de una manera tal que podamos entrar en la discusión con esa comunidad filosófica hegemónica; como excluidos de ella, debemos interpretada para que nuestros discursos filosóficos propios sean reconocidos como válidos también. En este proceso reflexivo simplemente propone: hay que “filosofar sin más”, para poder acceder a un filosofar y a una filosofía plena y auténtica al responder a las preocupaciones que han dado origen a toda filosofía, las del hombre que se ha caracterizado a través de la historia en estar una y otra vez empeñado en resolver los problemas que le plantea su mundo, un mundo siempre concreto, particular y propio. He ahí el humanismo universal o filosofía “sin más”, mantenida como una constante en la obra de Zea; un modelo de interpretación que está más allá dellogos dictatorial del eurocentrismo. El discurso de liberación desde la alteridad latinoamericana es un discurso que busca el diálogo, la comunicación universal, el reconocimiento mutuo, con base en la solidaridad y la igualdad entre las plurales identidades culturales.

Considerando la situación de desigualdad y dependencia que sigue viviendo el mundo, el pensador mexicano nos urge a que tomemos conciencia de esta situación para incorporamos y contribuir a forjar una historia más humana; Conceptuaizar la síntesis que supere el eurocentrismo, la desigualdad y la dominación; y contribuir a hacer planteamientos de una nueva humanidad por primera vez universal, y a la formación conceptual de un hombre nuevo, un nuevo humanismo y una escala de valores que la realidad vaya forjando. Se trata de que reconozcamos y aceptemos los problemas pero también de recu-

perar la esperanza en una actitud comprometida por la liberación de nuestros pueblos en todos los ámbitos. Zea es pues un filósofo humanista, al proponer—y autoproponerse como filósofo consecuente— como tarea de la filosofía latinoamericana: despertar la consciencia de los hombres sobre su historia y su realidad circunstancial, hacer conciencia de su responsabilidad y compromiso de lograr una praxis al servicio de la liberación y, así, poder alcanzar un nuevo orden basado en la solidaridad humana mundial.¹¹

El hombre real es tiempo, historia, contingencia. Si algo puede ser considerado como el eje de la filosofía del pensador mexicano es su interés por alcanzar un humanismo concreto. Bajo esta concepción siempre está aclarando que la filosofía americana no deberá limitarse a los problemas propiamente americanos, a los de su circunstancia, sino a los de esa circunstancia más amplia —en la cual también estamos insertos como seres humanos que somos— llamada Humanidad. A fin de cuentas, afirma Zea, la filosofía en último término trata de resolver los problemas de la humanidad. Y es por lo mismo que: “No basta querer alcanzar una verdad americana, sino tratar de alcanzar una verdad válida para todos los hombres, aunque, de hecho no sea lograda. “No hay que considerar lo americano como fin en sí, sino como límite de un fin más amplio. De aquí la razón por la cual todo intento de hacer filosofía americana, con la sola pretensión de que sea americana, tendrá que fracasar. Hay que intentar hacer pura y simplemente Filosofía, que lo americano se dará por añadidura. Basta que sean americanos los que filosofen para que la filosofía sea americana”,¹² a pesar del intento de despersonalización de los mismos.

Ya muy avanzado en la elaboración de su discurso filosófico, para la década de los setenta, el filósofo de la liberación tiene delineado por completo un mapa cognoscitivo de la historia y la realidad Iberoamericana dentro del contexto mundial, con base en una estrategia metodológica que desde los años cuarenta lo sumerge en un largo proceso reflexivo, en el que va descubriendo, interpretando, confrontando, asumiendo, reconstruyendo y construyendo el ser y el pensamiento iberoamericano; estrategia que le posibilita irse posicionando a escala global como promotor de valores universales.



Defensa de la originalidad y autenticidad de la filosofía latinoamericana

Como se asienta líneas arriba, tradicional y generalmente, la filosofía europea u occidental, en sus distintas vertientes y manifestaciones, ha venido privilegiando temas abstractos y de interés universal, con base en los cuales ha construido sus marcos metodológicos, teórico-epistemológicos, conceptuales y categoriales, mismos que le han dado firmeza, seriedad y prestigio indiscutible y, por lo mismo, gran aceptación, a lo largo del tiempo; a tal grado que dichos pensamientos han dejado su huella en la historia de nuestra humanidad, por lo menos en una buena parte de la población mundial. De ahí que no resulta extraño que, a mediados del siglo XX, la construcción de un nuevo discurso filosófico que centra su preocupación en la vida circunstancial latinoamericana e incluso tercermundista, despierte cierta polémica en algunos seres pensantes sobre la seriedad y validez que pudiera tener, ya que de cierta forma contraviene los cánones preestablecidos por la filosofía europea ampliamente reconocidos y aceptados en la esfera del pensamiento intelectual, con-

cretamente filosófico. Por ende, de manera natural, la creación de un nuevo discurso sobre lo latinoamericano y lo tercermundista trae consigo el surgimiento de un debate sobre el tema de la posibilidad, el surgimiento, la originalidad y la autenticidad de una filosofía latinoamericana.

Esta situación lleva a Zea a entablar serios y fuertes debates con otros filósofos tanto del extranjero como latinoamericanos, hecho que le beneficia en demasía al permitirle enriquecer, esclarecer y perfeccionar su propuesta filosófica, en especial en los años sesenta; pero al final no sólo desaparece sino que es considerada como inmadura, al menos para la mayoría de filósofos latinoamericanos. Empero, a lo largo de la década de los setenta, el concepto de filosofía latinoamericana, en comparación con la del resto del mundo, continúa en proceso de examen bajo la perspectiva de un diálogo con las diferencias, concretamente con la filosofía europea y con la propia realidad latinoamericana, y la idea de la dependencia-liberación se convierte en el tema-problema más importante de toda la filosofía latinoamericana.

Hoy en día, ya casi nadie acusa al maestro mexicano ni a los filósofos latinoamericanos de falta de originalidad, autenticidad o de incapacidad de filosofar a causa de factores biológicos o socioculturales. La visión humanista, dialógica latinoamericanista y tercermundista en que se funda y sustenta el discurso de Zea enfrenta a la visión eurocentrista excluyente, exigiendo el reconocimiento de su lugar en la historia, en el pensamiento y en la creación cultural humana. Tal y como piensa Zea, el pensamiento latinoamericano también merece ocupar un lugar en la filosofía mundial.

Desde los setenta, ha quedado en claro que la originalidad y autenticidad del pensamiento de Zea proviene y se mantiene por surgir enraizado en la circunstancia iberoamericana, por permanecer en constante diálogo con el referente humano concreto y por preferir la contextualización intercultural a la abstracción teórica. La fuerza y originalidad de ese filosofar se va haciendo inteligible a la conciencia mundial, a partir de la comprensión de la concepción filosófica de Zea y del contexto en que se gesta tal filosofía liberadora.

A manera de conclusión

Como se puede apreciar a lo largo del texto, con Zea el pensamiento latinoamericano toma forma y fuerza erigiéndose en una filosofía liberadora, con un discurso estructurado y fundamentado teóricamente a partir de la preocupación por nuestro ser dependiente latinoamericano; discurso que, pese a proponer la emancipación total, de ninguna manera está a favor de que emerja una nueva relación de dominio, pues no se trata de que los pueblos dependientes se rebelen contra su opresor y ocupen su lugar, estableciendo nuevas relaciones de dominiodependencia. Todo lo contrario, su aspiración humanista utópica es, en realidad, acceder a un mundo igualitario con oportunidades para todos, construido con base en el reconocimiento de igual a igual mediante el diálogo y el consenso, donde coexistan las libertades pero con límite y responsabilidad; es decir, se trata de ser libre y de asumir esa libertad pero siempre sin afectar al otro. Dado que el ser humano es un ente individual y social al mismo tiempo, ningún ente individual podrá asumir una libertad total, ya que éste se debe y forma parte de una sociedad y cultura determinada, integrada por varios seres en donde él es sólo uno más. Por ende, habrá que asumir nuestra libertad pero con límites y de manera responsable frente a sí mismo y frente a los demás, quienes también deberán hacer lo propio. En fin, se puede afirmar que el filósofo mexicano aspira a una sociedad dialógica, global, axiológica, democrática que privilegie los valores de la libertad, igualdad, tolerancia, diálogo, respeto y reconocimiento al “otro”, entendidos bajo los términos explicitados en la *Carta de los derechos universales del hombre*.

A estas alturas, Zea y otros de nuestros filósofos ya han marcado el destino común latinoamericano, al que —mediante el diálogo y el reconocimiento mutuo— se ha venido incorporando el pensamiento tercermundista de otras partes, poniendo de manifiesto una suma de esfuerzos tesoneros en este sentido. Pese a que lamentablemente en nuestros países sigue privando, y con mayor arraigo, la dependencia, el subdesarrollo y la marginación que arrastran consigo una enorme cadena de secuelas —para vergüenza de los poderosos del mundo—, hoy en día podemos decir que América Latina y el Tercer Mundo cuentan con un pensamiento de lucha esperanzadora que nos dignifica como seres humanos; que exige nuestro reconocimiento en un plano de igualdad y

justicia social; que se muestra contra todo tipo de relación humana basada en el dominio y la dependencia, dentro de este contexto globalizados que nos ha tocado vivir, en donde sólo se rinde culto al dinero y al poder, un mundo completamente inequitativo deshumanizante y consumista depredador del medio ambiente, donde todo, incluido el ser humano, ha sido convertido en mera mercancía que se compra, se vende, se usa y se deshecha. Esta filosofía apela pues al diálogo que nos lleve a la construcción conjunta de nuevas y equitativas relaciones tanto al interior como al exterior de nuestras naciones, en el plano internacional y mundial.

Habría que puntualizar que, como todo discurso filosófico, la obra del filósofo latinoamericano no escapa a la crítica, como es natural; no hay pensamientos absolutos eternos, inmutables o verdaderos por siempre, desde el momento en que el ser humano es un ente histórico pensante, perfectible no perfecto, en construcción y no terminado. Por ende, tanto éste como otros pensamientos filosóficos, son creaciones valiosas para retomar, asimilar, enriquecer y llevadas más allá en el tiempo y en otros contextos. El pensamiento nunca muere, sólo evoluciona, trasmuta, se transforma, reelabora y enriquece de manera dialéctica. Zea ha ganado adeptos y continuadores que alegan un desarrollo consistente en su filosofía de la liberación “sin más”, empero, también ha recibido críticas —unas con fundamento y otras infundadas o por desconocimiento— respecto a algunos aspectos de su amplia obra. Hecho que lo convierte obviamente en un pensamiento vivo, dialógico, dinámico, polémico, abierto a la crítica y al cambio; discurso que contiene importantes reflexiones, propuestas y aportaciones que pone en la mesa de la discusión y el análisis filosófico. Todo ello, hace interesante introducirse en el estudio, sistematización e interpretación de ese fructífero pensamiento, cuyas ideas nodales —sin duda alguna—, gozan de salud y plena vigencia, fuera de toda pretensión de convertidas en credos, doctrinas o dogmas. El propio Zea siempre se encarga de estar reelaborando y adecuando su discurso a tono con los nuevos tiempos y pre-ocupaciones que van surgiendo, lo que hace de este una filosofía oxigenada, viva, polémica, no acabada; una filosofía que pide ser retornada y llevada más allá en ese reflexionar constante sobre el devenir de la humanidad.

Hoy por hoy, sin ninguna pretensión de sacralización sino de reconocimiento justo, con su trabajo creador nuestro filósofo mexicano se ha ganado un merecido y destacado lugar como historiador, filósofo político y filósofo de la cultura. Haciendo una apreciación general, tanto la vida como la obra de Zea responde con nitidez a una vocación filosófica que arranca de un compromiso con la realidad iberoamericana y un profundo sentido de misión, señalados por el filósofo latinoamericano, Tzvi Medin, al estudiar su obra. En este contexto se resume toda su obra, pues sus primeros escritos filosóficos son testimonios de ese compromiso y responsabilidad autoimpuesta, de su preocupación por lo propio, pero siempre enlazada a una visión humanista universal. Precisamente por su humanismo esencial que se manifiesta en él desde un primer momento, es que reivindica la dignidad, equidad, humanidad y reconocimiento de Latinoamérica frente al mundo.

Por lo anterior señalado, considero que tiene pleno sentido y justificación conocer e indagar el pensamiento latinoamericano de Zea, porque —parafraseando a Medin— rescatar su pensamiento es establecer la biografía intelectual de todo el proceso de gestación, desarrollo y madurez que ha tenido el pensamiento filosófico iberoamericano hasta nuestros días. Y aún más, es un llamado a rescatar nuestra humanidad, a construir, mediante el diálogo, el acuerdo y el consenso, un mundo incluyente, mejor para todos, sin ningún tipo de odios, resentimientos ni revanchismos, lo cual tiene mucho sentido hoy en día en que nos encontramos en una aldea mundial completamente deshumanizada, en donde cada día priva mayor desigualdad e injusticias sociales y todo tipo violación a los derechos básicos del ser humano. Para el intelectual mexicano, la filosofía, como producto humano de reflexión y diálogo, participa en esta característica esencial de lo humano. La filosofía es conciencia de conciencia, al emerger en todos los enfrentamientos problemáticos, cada vez que ve en la filosofía esencialmente una respuesta vital a la problemática existencial, respuesta en busca de solución y no una mera consecuencia de la misma.¹³ En pocas palabras, se puede aseverar que la filosofía de Zea es una filosofía comprometida con su realidad, es decir, con su época, con su tiempo y circunstancia concreta. El propio Zea plantea que, por lo mismo, la filosofía es también —como en el pasado— ideología y ética; es la actitud que se toma frente al mundo, el enfrentar los problemas que se nos presenten y, además, la

preocupación por intentar darles soluciones; respuestas que no sólo habrán de ser filosóficas.

Notas

1. Leopoldo Zea, *La filosofía como compromiso y otros ensayos. Diez ensayos en torno a la función del filósofo en el contexto iberoamericano*, México, Tezontle, 1952, pp.13-14.

2. Desde fines del siglo XVIII, tanto el pensamiento español como el latinoamericano, que dan vida al denominado pensamiento Iberoamericano que abarca a ambos, aún con sus marcadas diferencias convergen en un aspecto nodal de su pensamiento, mismo que es retomado y revalorado por Zea: la preocupación por lo circunstancial, por lo propio; en otras palabras, la preocupación por España y la preocupación por América que desde el siglo XIX se denomina “Latina”, para diferenciarse de la “Anglosajona” ubicada al norte de América.

3. En las décadas del cuarenta y cincuenta, la filosofía de las circunstancias, se desarrolla de manera amplia; en esa primera etapa propone un modo original de aproximarse al referente humano: las circunstancias no importan tanto en cuantas americanas, sino en cuanto comprometen a un ser humano viviendo en América. Insiste que el hombre se encuentra siempre situado en una determinada circunstancia y que ésta se presenta igualmente como problema; en último término, el discurso filosófico trata de resolver los problemas de “la circunstancia llamada humanidad”. Así, con una reflexión que define después a la filosofía de la liberación, Zea considera que “la filosofía no se justifica por lo local de sus resultados, sino por la amplitud de sus anhelos. Una filosofía americana no se justificará como tal por lo americano, sino por la amplitud del intento de sus soluciones”. Leopoldo Zea, *América como conciencia*, México, UNAM, 1972, p. 19 (1ª edic. Cuadernos Americanos, 1953). Por otra parte, Zea no desliga completamente la circunstancia iberoamericana de la europea; al contrario, siente a Iberoamérica como extensión de la cultura occidental y en este sentido con un papel pivotal en una proyección global de la cultura occidental. Desde su estudio programático *En torno a una filosofía americana*, México, el Colegio de México, 1945 (1ª edic., 1942), Zea señala que: “nuestra posible filosofía debe tratar de resolver los problemas que nuestra circunstancia nos plantea”. *Ibid.*, p. 44. Parte de la circunstancia americana es su pasado, pues la historia configura y perfila al ser humano. Su recuperación será, ya en sí misma, parte de un discurso filosófico iberoamericano. Evoca a Gaos cuando afirma categóricamente que: “americana será la filosofía que americanos, es decir, hombres en medio de la circunstancia americana, arraigados en ella, hagan sobre su circunstancia, hagan sobre América”. Leopoldo Zea, *La filosofía en México*, México, Libro-Mex, 2 vols., 1955, p. 205 (con paginación correlativa en la 1ª ed., 1947). En su libro: *Conciencia*

cia y posibilidad del mexicano, México, Porrúa, 1952, 108 pp., elabora más este proceso de buscar la universalidad a través de la propia circunstancia. Los mexicanos, nos dice: “nos sabemos, como todos los pueblos de esta América, poseedores de una serie de experiencias humanas originales cuyo análisis podría ir formando los perfiles de un aspecto de lo humano que, posiblemente, no ha sido todavía captado por filosofía alguna”. *Ibid.*, p. 22. Lo mexicano surge así no como una meta, sino como un medio para captar al ser humano.

4. Leopoldo Zea, *La filosofía como compromiso y otros ensayos...*, *op. cit.*, p.14.

5. Leopoldo Zea, *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1957, p. 1921. A decir de Tzvi Medin la obra de Zea —por las propias características que asume, su modo de filosofar, su concepción que tiene de la filosofía—, está íntimamente relacionada con aspectos y propuestas de carácter ideológico-político, al reflexionar precisamente sobre diversos problemas concretos que tienen que ver con la cultura en general y la política en México, Latinoamérica e incluso, de otras partes del mundo. A esto se debe que algunos filósofos y pensadores lo consideren como un filósofo político por excelencia, o como más político que filósofo.

6. La Filosofía Americana o de lo Americano tiene como antesala la Historia de las Ideas: “trata de investigar la manera como las ideas filosóficas importadas de Europa y los Estados Unidos han sido utilizadas desde el punto de vista social y político”. Leopoldo Zea, *Filosofía de lo Americano*, México, CESTEEM-Nueva Imagen, 1984, p.17 (Colección Cuadernos Americanos, 6). De todas las corrientes hispanoamericanas, es tal vez la que muestra más abiertamente ese carácter político que delata Gaos. Sobre esto, Miró Quesada opina que la Filosofía de lo Americano: “es uno de los productos más típicos, tal vez el más típico, del pensamiento latinoamericano”, ya que intenta lograr una comprensión de nuestra realidad más profunda de la que puede proporcionar un estudio parcial, ya sea sociológico, económico o histórico. Claro que sí hay algunas pretensiones también por caracterizar lo europeo, pero en Europa, Asia y África no hay un movimiento filosófico dedicado a lograr una comprensión profunda de lo que son estas realidades. Leopoldo Zea es el impulsor de la corriente de la filosofía de lo latinoamericano, quien inicia su obra inspirado en la convicción de que la mejor manera de hacer filosofía auténtica en nuestro medio es utilizar el pensamiento filosófico, para dar respuesta a los problemas urgentes y concretos de nuestra realidad histórica y social. Claro que también otros filósofos como Francisco Miró Quesada han contribuido al desarrollo de la historia de las ideas y de la filosofía de lo americano. Tales son algunos de sus rasgos que analiza José Gaos en su obra *Antología del pensamiento en lengua española en la Edad Contemporánea*, México, Séneca, 1945. “Pensamiento fundamentalmente político, nuclear y formalmente estético, promoción voluminosa y valiosa de la ilustración y de la filosofía contemporánea —principalmente de la que continúa de la Ilustración— y últimamente del inmanentismo del hombre moderno, pensamiento que se le presenta a nuestro autor como la más reciente y no menor aportación de Hispanoamérica

a una filosofía propia y a la universal”. Abelardo Villegas y Gustavo Escobar, *Filosofía española e hispanoamericana contemporáneas (Antología)*, México, Extemporáneos, Col. Textos Extemporáneos, Serie Sócrates 8, 1983, p. 18.

7. Leopoldo Zea, *América como conciencia...*, *op. cit.*, p. 6.

8. *Ibíd.*

9. Esta visión se observa con claridad en la obra de Zea, *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana* (1974) —aunque apoyada en las lecturas de otras obras—, en sus dos primeros ensayos: “De la historia de las ideas a la filosofía de la historia latinoamericana” y “La filosofía latinoamericana como filosofía de la liberación”. Temas que desarrolla y retorna constantemente en otros trabajos. De igual manera, en otras de sus obras como en *La filosofía americana como una filosofía sin más* (1969) —escrita como respuesta al libro de Augusto Salazar Bondy: *¿Existe una filosofía de nuestra América?* (1968). Y en *Discurso desde la marginación y la barbarie* (1988) rechaza al colonialismo cultural y a la enajenación en que viven los pueblos del Tercer Mundo.

10. A decir de Tzvi Medin, la obra de Zea —por sus propias características que asume, su modo de filosofar, su concepción que tiene de la filosofía—, está íntimamente relacionada con aspectos y propuestas de carácter ideológico-político, al reflexionar precisamente sobre diversos problemas concretos que tienen que ver con la cultura en general y la política en México, Latinoamérica e incluso, de otras partes del mundo. A esto se debe que algunos filósofos y pensadores lo consideren como un filósofo político por excelencia, o más como político que filósofo. Ello porque, para el maestro mexicano, desde un principio la filosofía ocupa un lugar fundamental en su pensamiento, y es, en esencia vista como circunstancia, problematización y transformación, y ésta, obviamente, tiene que ver también con la política y, por ende, con la ideología. La filosofía, en fin, significa para el filósofo mexicano una vinculación con la realidad inmediata para desentrañar los problemas que ésta plantea.

11. Tzvi Medin, *Leopoldo Zea, ideología, historia y filosofía de América Latina*, México, UNAM, 1992, p. 11.

12. Leopoldo Zea, *América en la Historia*, México, FCE, 1957, pp. 29-30.

13. El discurso filosófico de Zea busca trascender su circunstancia profundizando en sus últimas consecuencias. Sigue, por tanto, un camino inverso al del pensamiento europeo. Desde sus orígenes griegos, el pensamiento occidental ha buscado con predilección un significado universal, eliminando la referencia explícita a la problemática circunstancial que en un principio lo hacía posible. Dentro de este contexto filosófico europeo, la historia iberoamericana se presentaba como la historia de fracasados intentos de solucionar sus problemas con las mismas reflexiones filosóficas con las que el europeo solucionaba los suyos. Así, se había llegado a creer en la incapacidad del iberoamericano y a afirmar, como lo hace el venezolano Carlos Rangel: “Lo más certero, veraz y general que se pueda decir sobre Latinoamérica es que hasta hoy ha sido un fracaso”. Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, México, FCE, 1976, p.

21. Esto da lugar a hablar del “pecado original de América” (H. A. Murena, 1965), o sea, del americano como un ser expulsado de una tierra espiritualizada que es Europa; o a afirmar que el iberoamericano es un “reiterado no-ser-siempre-todavía” (Ernesto Mayz Vallenilla de Venezuela, 1969). El pensamiento de Zea dialoga con su contexto interpretado desde una perspectiva iberoamericana historicista, cuya postura se condensa en las siguientes palabras: “El origen de nuestros males está en el hecho de querer ignorar nuestras circunstancias, nuestro ser americanos. Nos hemos empeñado, erróneamente, en ser europeos cien por ciento. Nuestro fracaso nos ha hecho sentirnos inferiores, despreciando lo nuestro por considerado causa del fracaso”. Leopoldo Zea, *América como conciencia...*, *op. cit.*, p. 60. El filósofo mexicano propone que el iberoamericano deje de ejercer la filosofía como oficio —el filosofar como fin, filosofar sobre las reflexiones europeas—, para enfocar el filosofar como tarea —buscar soluciones a la problemática que su circunstancia le impone. Al recuperar el pasado, Zea recupera la dignidad humana y la plasma en el contexto de su presente; articula también —como diría después este filósofo— una dimensión inédita del ser humano, que como tal trasciende en sentido universal. La misma circunstancia establece ahora la “tarea” del filósofo iberoamericano: “Los iberoamericanos debemos empeñarnos en dar soluciones a nuestros problemas en forma semejante a como los filósofos clásicos se han empeñado en dar solución a los problemas que en su mundo les fue planteando”. Leopoldo Zea, *ibid* p. 15.